



Shakespeare a gran orquesta

La más reciente presentación de la Orquesta Sinfónica de Chile fue un golazo programático. Por primera vez en nuestro medio se interpretaron, en una misma jornada, los tres poemas sinfónicos inspirados en tragedias de William Shakespeare compuestos por Piotr I. Tchaikovsky: “Hamlet”, “La tempestad” y “Romeo y Julieta”.

En el podio estuvo Rodolfo Saglimbeni, exitoso director titular de la agrupación.

Entiéndanse los poemas sinfónicos como obras casi siempre descriptivas, de mediana duración, con una inspiración concreta, ya sea literaria, teatral, pictórica o directamente sobre un personaje. Como tal, se tuvo aquí una terna que visita la dramaturgia con desarrollos multitemáticos, a veces fuga-

ces, demandantes de mucha atención en la audiencia.

La partida fue con “Hamlet”, cuya sobrecarga de emocionalidad y tragedia aleja cualquier afán descriptivo y aquí inundó una interpretación que el maestro Saglimbeni comandó con la justa sobriedad que la obra demanda. Perfecta.

“La tempestad” fue otra cosa, ya de temas más claros, cambiantes y descriptivos, destacando las partes extremas, desde la sutil sensación marítima inicial hasta el final casi inaudible, pasando obviamente por la furia de la tempestad que da el nombre a la obra. Claramente, la interpretación fue lo más alto de una jornada que volvió a elevar al director a las máximas alturas.

De “Romeo y Julieta” hay poco que agregar en materia de



VIOLIN Y CONTRABAJO EN EXTRAÑO ENCUENTRO.

calidad interpretativa. Su estructura multitemática de advierte siempre y Saglimbeni expresó a la perfección esa característica.

El programa incluyó además la rareza absoluta del Gran Dúo Concertante para violín, contrabajo y orquesta de Giovanni Bottesini (1821-1889), el más

reconocido cultor de ese grave instrumento en la historia de la música, en su doble rol de intérprete y compositor.

Esta obra debe recibirse como una pieza de extremo lucimiento para ambos solistas y también como un tributo instrumental al bel canto italiano, pues desde el primer al último compás pareciera haber sido compuesta por Rossini, Bellini o Donizetti.

Sin dudas, ese lucimiento se manifestó desequilibrado, siendo mayor o acaso único por parte del contrabajista Héctor Leyton, ya que el violín de Alberto Dourthé se escuchó con demasiados desencuentros con la afinación. El maestro Saglimbeni y los sinfónicos se impusieron sobre esa desigualdad delineando un marco certeramente ágil.